

Centro de Estudios “La Cañada”

Taller de Economía 2025

EL PAPEL DE LOS FENÓMENOS ESTRUCTURALES

Reunión N° 2 : Las deformaciones estructurales actuales

Índice

Introducción

1.- Los factores estructurales en el análisis económico

1.1.- Consideraciones metodológicas

1.1.1.- Aspectos científicos

1.1.2.- Aspectos políticos

1.2.- Consideraciones acerca de su evolución histórica

2.- Un análisis alternativo de las cuestiones estructurales

2.1.- Análisis integral

2.2.- Huellas actuales de las deformaciones históricas

2.3.- Origen y consecuencias de las deformaciones estructurales

2.3.1.- Origen histórico de la desintegración económica

2.3.2.- La desintegración actual en Argentina

2.3.3.- Efectos de la desintegración sobre la política económica

2.3.4.- La desintegración y la economía mundial

Recuadro: Productividad: concepto y medición

3.- Efectos de la desintegración

3.1.- Efectos sobre el proceso de acumulación

3.2.- Efectos sobre el proceso de distribución

3.3.- Realimentación del extractivismo

3.3.1.- Evidencia empírica

3.3.2.- Los efectos de la continuidad del extractivismo

3.3.3.- Las metodologías erróneas que sostienen el modelo extractivista

3.3.4.- Las políticas económicas dominantes frente a la cuestión estructural

3.3.4.1.- Neoliberalismo

3.3.4.2.- Populismo

3.3.4.3.- Anarco – Capitalismo

Introducción

El presente informe es continuación del tema tratado en la reunión anterior. Por ello recomendamos su previa lectura o “repaso”. Intentamos seguir profundizando en la temática del diagnóstico, una etapa previa e indispensable en la elaboración de un programa político en la dimensión económica.

En ese sentido, intentamos desarrollar los pasos metodológicos de un diagnóstico orientado a la elaboración de un programa político de gobierno para la dimensión económica. Y no solo con exigencias de integralidad, nunca satisfecha por los programas convencionales de todas las corrientes políticas, sino también con un requerimiento adicional, sistemáticamente ignorado: la compatibilidad de ese programa en la dimensión económica con el resto de dimensiones, tales como ambiental, de género, social, y otras.

Y esa práctica está ausente pues, el economicismo, resulta dominante. Consideran a esa dimensión, como principal e incluso, dado el contexto cultural actual, donde las ideologías tradicionales son llevadas al extremo, se niega (y se ataca), la existencia de una realidad multidimensional. Bajo esos criterios, la dimensión económica ya resulta excluyente.

La única forma de vincular, la economía con el resto de dimensiones, es realizar un análisis integral de esa dimensión. Debemos estudiar los procesos, las políticas y las decisiones de los agentes económicos. Dentro de los procesos, los estructurales, meso-económicos y coyunturales.

A los fines de lograr esa integralidad y la ligazón con la realidad multidimensional, resulta crítico considerar los procesos estructurales, tanto por razones científicas como políticas.

Entre las científicas se destaca la necesidad de una visión integral, y su vinculación a la realidad multidimensional. Entre las políticas, sobresale la necesidad dar una respuesta a su ignorancia sistémica, tanto por la academia como por la política. A la academia, en sus versiones de economía ortodoxa y heterodoxa. A la política, en sus versiones mayoritarias a nivel planetario: neoliberalismo y populismo.

En el trabajo anterior hemos intentado, a través de algunos aspectos de la base material de los factores estructurales, y de su ubicación histórica, destacar su importancia crucial. Al respecto, hemos comparado, las diferencias entre Argentina y Estados Unidos en la formación de los factores estructurales durante el siglo XIX.

Ahora nos toca evaluar sus condiciones actuales. En ese sentido haremos una revisión del papel de esos factores estructurales en el análisis económico, un análisis alternativo, y sus efectos en la desintegración de la economía argentina.

1.- Los factores estructurales en el análisis económico

Para revisar su importancia, a la comparación histórica Argentina-Estados Unidos de la reunión anterior, ahora sumamos consideraciones metodológicas, y su evolución histórica.

1.1.- Consideraciones metodológicas

La importancia de la metodología en el análisis de los procesos estructurales radica en la utilización de criterios científicos y políticos.

1.1.1.- Aspectos científicos

Desde el punto de vista científico, dos aspectos fundamentales. Por un lado, la necesidad de realizar un análisis integral. Esto significa revisar procesos y decisiones; sus efectos en diferentes horizontes temporales, y sus aspectos cuantitativos y cualitativos. Por el otro, ese análisis integral de los factores estructurales de la dimensión económica, deben ser vinculados al resto de dimensiones de la realidad (social, ambiental, biológica, de género, etc.). Un requerimiento esencial, ignorado por toda la práctica política y académica.

Y esa ligazón resulta posible, sólo bajo un análisis integral pues, en esas otras dimensiones, los movimientos autónomos, su carácter cualitativo y sus efectos, sólo visibles en el largo y muy largo plazo, resultan fundamentales. Por ende, solo podrán vincularse a la dimensión económica, en tanto en ésta, existan elementos equivalentes. Allí es donde aparece la necesidad de introducir, en la fase analítica de la dimensión económica, a los factores estructurales, poseedoras de esas características.

Ignorarlos, implica la **imposibilidad absoluta** de vincular la dimensión económica al resto de dimensiones. De allí surge, o bien el economicismo, descartando el resto de dimensiones por su carácter secundario, o bien el negacionismo activo respecto a la existencia de esas otras dimensiones. De hecho, una oposición salvaje a las reivindicaciones surgidas de ellas, dada la imposibilidad de su existencia. Estarían “inventando” reivindicaciones tales como las ambientales o de género, sólo como excusa “política”.

Todas las propuestas políticas, basadas en ese tipo de concepciones, niegan de manera implícita o explícita, la existencia de una realidad multidimensional. Cuando después, terminan “chocando” contra el muro de la realidad global, donde otras dimensiones, por razones coyunturales, cobran centralidad, adjudican esas crisis, a conspiraciones en contra del poder establecido.

Tanto el economicismo, como su deriva negacionista, hacen imposible establecer esas interrelaciones. Con ello, el deterioro sistemático del conocimiento de la realidad y fuente de los graves y sistemáticos errores cometidos por las corrientes académicas y políticas dominantes.

1.1.2.- Aspectos políticos

Pero las cuestiones estructurales no son un tema solo de importancia científica, sino también política. Si fuese solo ignorancia, estaríamos en presencia de un error subsanable por vía de un debate intelectual, siempre y cuando se realice entre polos, aunque enfrentados, pero con el interés común de introducir criterios científicos en materia de ciencias de la sociedad. Al menos, equivalentes a los detentados por la humanidad en materia de ciencias de la naturaleza, cuyos resultados son muy concretos en términos de predicciones y tecnología.

Desgraciadamente el problema va mucho más allá. Y se convierte en una cuestión política de primer orden. En la mayoría de los casos, tras la aparente ignorancia de las cuestiones estructurales, se refugia una actitud consciente y activa (podríamos decir “militante”), tendiente a extirpar del mundo académico y político, toda insinuación respecto a su existencia.

Una de esas formas, es intentar confundir, tal como hace la ortodoxia economicista, llamando “estructurales” a cuestiones de superficie, vinculadas a la desregulación de la intervención del estado sobre aspectos tales como la legislación laboral, previsional, tributaria, etc. Otra forma de confusión proviene del academicismo heterodoxo, cuando mencionan algunos factores estructurales (tecnología, población, infraestructura, estruc-

tura productiva, etc.), pero solo para ser tratados en su aspecto decisional (no como proceso autónomo), cuantitativo (no cualitativo) y de corto y mediano plazo (no de largo y muy largo plazo). Un tratamiento sólo de nivel meso – económico y no estructural.

La “militancia” contra el tratamiento de los factores estructurales se realiza con una agresividad sin límites (por ahora, solo intelectual) en contra del criterio de considerar su existencia, con caracteres de autónomos, cualitativos y con efectos en el largo plazo. E incluso más agresivos aún, cuando a esos caracteres de la dimensión económica, se los intenta conectar a otras dimensiones.

Estamos hablando de temas tales como la relación entre la dimensión económica (fuentes de energía) y la dimensión ambiental (emisión de gases de invernadero, contaminación de ciudades, etc.); entre economía (salarios) y género (desnivel entre salarios masculinos y femeninos); entre economía (tecnología) e instituciones (regulaciones); entre economía (distribución del ingreso) y sociedad (pobreza e indigencia); entre economía (desempleo, subempleo, empleos marginales) y sociedad (organización social capitalista); entre economía (proceso productivo) y dimensión biológica (salto de enfermedades de animales a humanos, contaminación del aire en grandes urbes); y miles de temas equivalentes.

Todos fenómenos de carácter multidimensional, y cada vez más arraigados en la conciencia social.

1.2.- Consideraciones acerca de su evolución histórica

Hemos visto como, en el caso de Argentina, a partir de su periodo como nación independiente (siglo XIX), los factores estructurales de la dimensión económica, prosiguieron el camino del extractivismo, impuesto por la metrópoli en el periodo colonial, generando deformaciones y trampas en el modo de producción capitalista, llegando hasta la actualidad.

Esas deformaciones pudieron proseguir libremente su marcha, porque en Argentina nunca fue puesto en tela de juicio, el modelo económico-social del colonialismo, tal como sí ocurrió a lo largo de todo el siglo XIX en Estados Unidos. Los debates en Argentina en el siglo XIX y primera mitad siglo XX, fueron exclusivamente institucionales. Ya hemos visto los del siglo XIX (federalismo, constitución, códigos, enseñanza laica, matrimonio civil, moneda única, etc.).

Y en la primera mitad siglo XX, prosiguieron en esa misma dimensión institucional: los sistemas de votación, coparticipación de impuestos, control monetario por vía del banco central, y regulaciones. Y en esas regulaciones, solo las vinculadas al modelo extractivista: hidrocarburos, granos, minería, y similares.

Esa visión institucional, supone acciones, sólo en ese sentido, y al resto de dimensiones, alineándose pasivamente tras ella. Y no solo de manera automática sino también de manera positiva. Una visión parcializada y deformada de la realidad. Y en lugar de intentar superarla, en aquella primera mitad del siglo XX, fue profundizada:

- Ignoraron la existencia de relación entre economía y sociedad, ya en pleno desarrollo en Europa y en Estados Unidos,
- Se realizaron políticas económicas pendulares por grietas internas, bajo formas democráticas o autoritarias, o por cambios radicales en las condiciones internacionales,
- Prosiguió la cooptación de las instituciones del estado por las élites formadas alrededor de los intereses del extractivismo,

- Se generó en el estado una corrupción sistémica auto – justificada (“nunca mayor a la de anteriores administraciones”)
- (completar a gusto del lector)

Ya en la segunda mitad del siglo XX, se comenzó a debatir (y a ejecutar), una fuerte intervención del estado en los flujos financieros, siguiendo el modelo europeo. En aquel caso, destinado a superar las graves crisis de ese siglo, tales como la depresión de los '30 y la segunda guerra mundial.

Pero en todos los casos esa intervención, se realizó sólo sobre procesos de superficie. Fueron acciones sobre variables financieras (fijar tasa de interés, crédito, moneda y similares), y el comercio exterior (proteccionismo). Y todas por vía de la nacionalización del banco central (1946), ya existente desde 1935, como sociedad mixta.

Y a partir de mediados del siglo XX, todo el debate económico quedó empantanado en la cuestión de la intervención del estado sobre los flujos superficiales. Nadie intentó, y ni siquiera propuso, modificar las deformaciones estructurales históricas. Nadie se preguntó, si tras los elementos visualizados en superficie, surgidos de decisiones, de carácter cuantitativo y con efectos sólo de corto plazo, existían fenómenos estructurales donde imperaban fenómenos dotados de procesos autónomos, expresados de manera cualitativa, y con efectos de largo plazo.

Esto significó cometer graves errores de diagnóstico. Tanto los realizados de manera formal, como los de tipo informal, donde la fase analítica es reemplazada por la ideología. Las políticas, no tuvieron en cuenta los factores estructurales, o porque partían de la hipótesis de su no existencia, o por resultar producto de la acción de las fuerzas del mercado, consideradas óptimas por definición.

Bajo esa perspectiva, y frente a los efectos negativos en el plano económico y social (el resto de dimensiones -ambiental, biológico, de género, etc.-, aun no eran consideradas por la conciencia social), solo era posible intervenir. Pero no para quebrar o bloquear las deformaciones estructurales, sino sólo para compensar sus efectos negativos, económicos y sociales, mediante la intervención del estado.

Jamás se intentó, y ni siquiera fue planteado como propuesta, limitar y/o quebrar los factores estructurales existentes tras esas señales de superficie. Una muy fuerte limitación provocada por el contexto cultural.

2.- Un análisis alternativo de las cuestiones estructurales

La necesidad de un análisis alternativo resulta crucial. Por ello intentamos esbozarlo, tanto en el plano analítico como en las políticas. En el plano analítico de los factores estructurales debemos desarrollar: la necesidad de un análisis integral, las huellas actuales de las deformaciones históricas y sus consecuencias.

2.1.- Análisis integral

Las deformaciones estructurales siguieron su curso imperturbable, pues nadie intentó, y ni siquiera propuso, oponerle un freno o quiebre a esos procesos. Al resultar ignorados, no solo siguieron su marcha sino también se entrelazaron y acumularon, provocando desequilibrios y puntos de ruptura. Se llegó incluso a generar situaciones extremas, tales como el caso de Argentina, donde esas condiciones retorcidas al extremo, llegan a resultar incompatibles, aún con el propio sistema capitalista: sistemático retroceso del proceso de acumulación, ausencia de crédito, fuga de capitales, etc.

Para un análisis integral de las cuestiones estructurales, deberíamos seguir la trayectoria histórica de cada uno de esos factores, desde la ruptura institucional con el sistema colonial, hasta la actualidad. Pero la ausencia de estudios específicos en ese sentido, dado el rechazo del contexto cultural a considerar esta temática y su influencia decisiva en la academia y en la política, sumado a nuestra incapacidad física e intelectual para cubrir esos profundos baches, nos obliga a buscar un atajo.

En ese sentido, intentaremos pasar, de manera directa, a un análisis de las condiciones actuales de esos factores estructurales. No de su proceso histórico a través de más de dos siglos, sino de sus huellas visibles actuales.

2.2.- Huellas actuales de las deformaciones históricas

Analizaremos las huellas actuales de la continuidad del extractivismo, del cual, nunca hemos podido zafar. Esto se expresa en la ausencia de integración sectorial, regional, y de los encadenamientos productivos, generando un funcionamiento en compartimientos estancos. Y se convierte en la principal diferencia cualitativa con las economías centrales, potenciando los efectos regresivos del capitalismo. De esa manera, se convierte en la principal fuente de los problemas económicos y sociales.

En el caso de Argentina estamos frente a la ausencia de una integración “hacia adentro”. El extractivismo, característico del periodo colonial, generó una economía enganchada hacia las cadenas productivas de otros países. Actualmente, presentes en todos los aspectos del proceso productivo: mercados de productos, de insumos, de equipos, tecnológicos y financieros. Se trata de una economía “enganchada hacia afuera”. Es la deformación estructural más importante, diferenciadora de las economías de países centrales, herederas de las metrópolis coloniales.

La ausencia de integración, se traduce, en la no existencia de “una” economía, sino de varias, funcionando de manera paralela y casi independientes entre sí, es decir, con un bajo nivel de demandas cruzadas. Esto se traduce en una alta heterogeneidad del aparato productivo con abismales diferenciales en capacidad de producción, tecnología, organización empresarial, mercados, etc.

Y esa heterogeneidad, no sólo está vigente entre regiones y sectores productivos, sino también en todo el encadenamiento productivo, desde la materia prima hasta la comercialización. Incluso disparidad tecnológica entre las áreas de cada empresa, derrumbando su productividad y competitividad.

Estas características se reflejan cuando realizamos un análisis cualitativo del sector externo. En la balanza comercial, exportamos bienes en estado natural o con bajo valor agregado, es decir con encadenamientos muy cortos y procesamientos de bajo nivel tecnológico. E importamos productos, insumos, equipos y patentes de media y alta tecnología.

Aunque en muchos periodos ese balance ha resultado con saldos positivos, por efecto de las exportaciones agro-industriales, cuando se computa junto el resto de sub - balances externos (balance de servicios -fletes, turismo y regalías-) y financiero -intereses por préstamos-), para conocer el saldo de divisas genuinas del intercambio comercial, el saldo positivo de ese balance comercial, es totalmente absorbido. Incluso pasa a resultados globales negativos crónicos, representados en el saldo de la cuenta corriente del balance de pagos.

2.3.- Origen y consecuencias de las deformaciones estructurales

Revisaremos el origen histórico de la desintegración económica, sus condiciones actuales, los efectos sobre la política económica y el papel jugado por las condiciones de la economía mundial.

2.3.1.- Origen histórico de la desintegración económica

Al momento de diseñar el papel de las colonias (siglos XVI a XVIII) en base a un modelo extractivista, no pudo haber algo más alejado del criterio de un futuro país independiente con capacidad para tomar decisiones soberanas. En la mira, sólo los resultados positivos de la metrópolis en materia de comercio exterior. Y avalado por la corriente de pensamiento económico dominante en aquella época, denominada mercantilismo.

Sin duda, en función de los intereses de las metrópolis, ese pensamiento fue el “correcto”. Gracias a la riqueza generada por aquel mecanismo (luego conocida bajo la denominación de “acumulación primitiva del capitalismo”), no es casual que todas aquellas metrópolis, hoy formen parte de las economías centrales. Y sus ex – colonias, las actuales economías periféricas.

A pesar de los movimientos independentistas, en América (siglos XVIII y XIX), en Asia y África (siglo XX), la experiencia histórica generalizada fue la de mantener el esquema económico del periodo colonial. La única excepción concretada en el siglo XIX, fue el caso de Estados Unidos (ver informe anterior). Luego, en el siglo XX pudieron hacerlo algunos países en Asia (los denominados “tigres asiáticos”).

Pero en la mayoría de los casos, aún bajo las condiciones institucionales de independencia, hubo continuidad del esquema económico colonial, donde el grueso de las divisas **genuinas** (derivadas del comercio exterior, y no por préstamos o ingreso de capitales especulativos), fueron alimentadas en base a un proceso productivo, donde predominaba la exportación de la actividad primaria (agro, minería .y otros recursos naturales) con bajo o nulo valor agregado.

La única diferencia respecto al periodo anterior, radicó en el destino de las exportaciones. En el periodo colonial, sólo a la metrópolis respectiva. A partir de las respectivas declaraciones de independencia, al mercado mundial, con sus propias reglas y coyunturas muy volátiles. En el periodo independentista de Argentina y hasta la segunda guerra mundial, la prioridad de ese comercio fue con Inglaterra, y su punto culminante en 1933, con el Pacto Roca-Runciman.

Argentina, prosiguió con su modelo heredado del periodo colonial, del cual, luego de más de dos siglos de independencia institucional, no ha podido zafar. La continuidad de esa deformación estructural, y en el muy largo plazo, generó procesos autónomos, diseñando agudas condiciones de dependencia.

2.3.2.- La desintegración actual en Argentina

Las históricas deformaciones de Argentina en más de dos siglos de extractivismo, dieron lugar a una dimensión económica altamente heterogénea caracterizada por la existencia de sectores, regiones y cadenas productivas desconectadas entre sí.

Esa heterogeneidad se refleja en agudos diferenciales respecto a los países centrales. Éstos, tomados como cartabón de la formación capitalista, detentan caracteres de alta homogeneidad en términos de tecnología, mercados, instituciones, extensión de las cadenas productivas (nivel de valor agregado), demandas cruzadas de sectores y regiones, etc.

Y diferencial también en materia de política económica. La heterogeneidad hace posible, a cada sector, región o cadena productiva, exigir medidas diferenciales, e incluso

contrapuestas (proteccionismo versus apertura indiscriminada, fortalecer empleo versus recesión, emisión versus restricción monetaria, dólar atrasado versus dólar adelantado, etc.); produciendo agudas contradicciones políticas.

En el caso Argentina, la heterogeneidad es visible por la existencia simultánea de sectores con agudas diferencias:

- Actividades industriales dotadas de alta tecnología de procesos y productos (la empresa INVAP -estatal- fabrica satélites, radares y reactores, compitiendo a nivel internacional); actividades biotecnológicas, comercio y actividades financieras basados en plataformas digitales. Algunas de ellas detentan el status de empresas multinacionales con origen en capitales argentinos.
- Sector agropecuario de la región pampeana (sólo 5 de 24 provincias), utilizando insumos mecánicos, digitales y biológicos de última generación, pero con baja o nula integración a cadenas productivas, hacia atrás y hacia adelante del producto, y con el grueso de su producción ubicada en mercados externos con bajos o nulos niveles de procesamiento industrial.
- Explotación de recursos naturales (petróleo y gas convencional, y “shale” en Vaca Muerta), litio, minería de oro y cobre, energía eólica y solar y producción forestal. Todas dotadas de tecnología avanzada y con capacidad para penetrar en el mercado internacional.
- Industria (alimentos, metalúrgica, química, calzados, textil, etc.) con tecnología de décadas de atraso y encadenamientos muy cortos alcance (agro-industria) y equipamiento obsoleto. Su funcionamiento (con una alta incidencia en el empleo), solo es posible en base a políticas proteccionistas (infraestructura, subsidios, aranceles, etc.). Por ende, sin capacidad, ni de exportar, ni de enfrentar la competencia externa. Solo puede abastecer el mercado interno, siempre y cuando se encuentre protegida. A lo sumo, un puñado de establecimientos avanzaron en materia tecnológica, pero conviven y se relacionan con un grueso de pequeñas y medianas empresas de gestión familiar con atraso tecnológico y baja productividad y, por ende, con alta incidencia en el promedio global.
- Economías regionales de plantaciones con explotaciones, qué por su extensión, están fuera de escala económica y por ende, con altos costos de explotación y bajos o nulos márgenes de beneficios.
- Canales de distribución comercial hipertrofiados en productos de consumo masivo (kioscos, alimentos, vestimenta, artículos para el hogar, etc.) con fuerte atraso tecnológico y organizativo, que deben enfrentar la competencia con plataformas de ventas digitales, pues reemplazan costosos locales de negocios y pagos de vendedores.
- Un submundo fuera de los canales institucionales, produciendo y comercializando alimentos, textiles, prestación de servicios domésticos, mantenimiento de hogares, etc. Funciona sobre la base de trabajo informal y condiciones sociales subhumanas en materia de alimentación, salud, vivienda, infraestructura y educación. En una palabra, la marginalidad social. La pobreza y la indigencia no derivan de circunstancias coyunturales recesivas a resolver mediante reactivación y subsidios. Forma parte de los problemas estructurales del país.

No solo son diversas y muy diferentes “economías”, sino también sin conexión entre ellas por vía de encadenamientos productivos. El enganche de cada empresa, de cada sector productivo, de cada región, y de cada encadenamiento son con el exterior: mercados, financiamiento, compra de insumos y equipos, patentes tecnológicas, etc. Y en el caso de integración hacia el mercado interno, con encadenamientos cortos, y dotados de

baja o mediana tecnología. Incluso la heterogeneidad afecta al interior de cada empresa con agudos diferenciales de productividad entre sus diferentes áreas operativas.

Por el contrario, un alto grado de integración se traduce en largos encadenamientos productivos, por ende, un mayor valor agregado interno, haciendo posible generar puestos de trabajo, de manera masiva. Si dispondríamos de un cuadro de relaciones insumo-producto entre sectores y regiones del país, y lo comparamos con cualquier economía avanzada, en base a un índice del grado de integración, surgiría, de manera inmediata, las profundas diferencias.

Una economía de tipo extractivista está diseñada “hacia afuera”, y genera debilidades congénitas: una capacidad limitada de creación de puestos de trabajo y de disponibilidad de divisas genuinas para importar bienes y servicios vitales en una economía dependiente.

2.3.3.- Efectos de la desintegración sobre la política económica

La continuidad del extractivismo no solo diseñó procesos estructurales deformados. También diseñó las políticas. En lugar de intentar reconvertir el aparato productivo, todas ellas, desde el neoliberalismo hasta el populismo, supuestamente opuestas entre sí, contribuyeron a profundizar y consolidar el modelo extractivista. El neoliberalismo, como única salida posible frente las recurrentes crisis. El populismo, por defecto, al ignorar las condiciones estructurales, a la hora del diseño de políticas.

Los efectos fundamentales del modelo extractivista son la heterogeneidad de sectores y regiones y su funcionamiento en compartimentos estancos. Esto conlleva efectos perversos. No solo en términos productivos, sino también contradictorio en términos de los intereses empresarios. Por ende, requerimientos diferenciales en materia de política económica, incluso antagónicos entre sí.

Son las profundas diferencias existentes entre los reclamos sectoriales, regionales y sociales frente a las políticas de superficie (tasas de interés, tipo de cambio, aranceles, precios, crédito, regulaciones productivas, etc.). Esas controversias, no solo potencian la puja distributiva, propia del capitalismo. Es el origen de las dificultades para definir un programa político en base a intereses nacionales de aceptación masiva. En lugar de unir tras metas comunes, contribuye a generar profundas grietas políticas.

2.3.4.- La desintegración y la economía mundial

Una economía heterogénea y en compartimentos estancos, no solo es generada por un proceso histórico de desintegración. También, ese formato, es potenciada por su inserción en la economía mundial. A nivel internacional, también imperan procesos estructurales, coyunturales e intermedios. Y con una particularidad. Todos ellos detentan un impacto equivalente a los estructurales internos, con efectos muy definidos sobre la actividad seccionada de la economía argentina.

Cada sector, región, cadena productiva y empresa, enganchada al exterior. Mas aun, cuando en esa economía mundial, se generan agudos cambios, y complican los problemas al infinito.

Esos cambios implican formas organizativas, tecnologías y productos, creando brechas cada vez más agudas. Ignorar estos aspectos y su mutua potenciación, a la hora de realizar políticas, resulta suicida. Sobre todo, cuando son políticas basadas sólo en aspectos coyunturales, y guiadas, no por diagnósticos integrales y actualizados, sino por ideologías cristalizadas.

No solo se alejan de la posibilidad de bloquear o quebrar las deformaciones estructurales. Por el contrario, las realimenta y consolida. Sobre todo, en su heterogeneidad y dependencia externa en materia comercial, tecnológica, insumos, capitales, etc. A modo ejemplificativo veremos cómo, fenómenos mundiales, abarcando desde los de tipo coyuntural a los estructurales, profundizan las deformaciones de la economía argentina.

En materia coyuntural, el efecto de la variabilidad de los precios a nivel mundial. En ese aspecto podemos observar una permanente y fuerte oscilación en los precios de los commodities (materia prima alimenticia, minerales, hidrocarburos) respecto a una relativa estabilidad de los precios industriales. Justamente, el extractivismo, característico de la economía argentina, nos ata a exportaciones con precios de alta volatilidad, y sobre los cuales, por el volumen relativo de producción y comercio mundial, Argentina no puede incidir.

También los efectos de factores estructurales a nivel mundial. Los cambios ocurridos en el capitalismo mundial del siglo XX y XXI, se vinculan al proceso productivo y su incidencia, no solo en el nivel de precios, sino en una modificación radical en la formación de los precios.

La producción en el siglo XX estuvo basada en la explotación de recursos naturales. Los sectores productivos fueron liderados por la siderurgia, energía y petroquímica, a partir de metales (hierro, aluminio, etc.) y combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas), los insumos más generalizados del proceso productivo en ese siglo. A esos cambios tecnológicos se sumaron cambios, también autónomos, tales como concentración, globalización, financiarización, dolarización, etc.

Ya en pleno siglo XXI, los cambios se centran en el reemplazo, de los recursos naturales por el insumo conocimiento (digitalización, biología, transición energética, tecnología espacial y similares), modificando nuevamente y de manera radical, la formación de los precios y ahondando la brecha de productividad y competitividad entre países avanzados y periféricos. [Ver Recuadro: Productividad, en página siguiente]

Pero no solo cambios en la dimensión económica a nivel mundial sino también inciden los cambios institucionales. En particular, la estrecha vinculación, en el largo plazo, entre los procesos autónomos de la tecnología y los cambios institucionales. Nada menos que el fundamento básico del análisis objetivo.

No por casualidad, es el aspecto más ignorado, e incluso violentamente rechazado, por las corrientes dominantes en materia académica y política donde predomina el análisis subjetivo. Coherente con ello, sólo se analizan decisiones de la política económica gubernamental bajo cartabones ideológicos. Analizar procesos autónomos, implicaría introducir un criterio de objetividad, rechazado de plano por el contexto cultural.

A los cambios institucionales ya provocados por la tecnología imperante en el siglo XX (regulaciones de la infraestructura económica, social, financiera y comercial), ahora se están sumando cambios institucionales derivados de los procesos tecnológicos del siglo XXI.

En particular, la regulación de bienes donde, el predominio del insumo conocimiento ha convertido, a una gran cantidad de bienes privados en bienes públicos por sus efectos positivos y negativos sobre la sociedad global. Por ende, resulta ineludible regular. A su vez, esos bienes públicos nacionales se están convirtiendo en internacionales generando regulaciones en ese nivel, en materia de digitalización, impuestos, capitales, salud, comercio, etc.

Frente a estos procesos internacionales, en Argentina, y a lo largo de décadas, se han mantenido políticas de bajos niveles de innovación tecnológica y las mismas regulaciones de décadas atrás, ignorando el efecto de los cambios tecnológicos y organizacionales del capitalismo a nivel de país e internacional. A lo sumo fueron profundizadas y en la misma dirección anterior.

Incluso ahora, “motosierra” mediante, con ajustes fiscales en políticas tecnológicas, desregulaciones y promoción exclusiva de bienes primarios, estamos ante un retroceso neto en materia tecnológica, institucional y productiva en Argentina, profundizando el modelo extractivista como política de estado, y con ello, la agudización del proceso de desintegración y dependencia de la estructura productiva.

Pese a la importante incidencia de toda la gama de procesos internacionales, desde los estructurales a los puramente coyunturales, nunca han sido contemplados en el capítulo económico de ningún programa político. Y no lo hacen, porque la más mínima referencia a ellos pondría en evidencia las contradicciones con los planteos realizados, y los dejaría en ridículo. Y es solo un elemento más del absurdo de los programas económicos en la política.

Al ignorar las muy gruesas limitaciones de la realidad integral, lisa y llanamente los vuelca hacia su versus. Incluso programas con cierto “tufillo” progresista, pero descalzados de la realidad nacional e internacional, aun cuando pudieran cumplirse, terminan por consolidar las deformaciones estructurales y, de hecho, se convierten en políticas regresivas.

Recuadro: Productividad: concepto y medición

Concepto de Productividad

No existen conceptos más bastardeados que los de productividad y competitividad. Se debe a su utilización, como “arma ideológica”, para señalar las falencias de la ideología del “enemigo” de turno. Esto contribuye a generar, alrededor de esos términos, una gran confusión y políticas erróneas.

En términos objetivos, la productividad hace referencia a la relación insumo-producto. La competitividad, a la capacidad de comercializar en los mercados internacionales. Analizamos en particular el concepto de productividad, pues lo estamos planteando como instrumento para la reversión del deterioro estructural, a partir de políticas de quiebre y/o neutralización de esos factores.

Por otra parte, esa productividad es uno de los factores determinantes de la competitividad, a cuyo proceso se agregan condiciones tales como: situación del comercio mundial, tipo de cambio, políticas comerciales de países centrales, cambios geopolíticos, regulaciones sanitarias y ambientales, etc., todas fuera de la capacidad de decisión de un país en particular, y menos aún, de aquellos pertenecientes a la periferia.

Sin embargo, en el debate habitual se confunde los factores materiales de la competitividad, radicados en la productividad, con sus expresiones monetarias. Esto se produce cuando se debate la necesidad de otorgar competitividad a las exportaciones mediante la devaluación del tipo de cambio. Por esta vía, nunca sería posible solucionar los problemas de la base material.

Mas aun, el pase a precios de esa devaluación, por las deformaciones estructurales no solo provocan inflación y afecta la capacidad de compra del salario sino también elevan los costos internos. Al poco tiempo el diferencial obtenido por las exportaciones se diluye. Pero si no se hace, el grueso de la producción exportable entra en zona de pérdidas, con

riesgo de disminución de la producción, y el país se queda sin divisas para seguir importando, y por ende parálisis económica.

El debate de pro y anti - devaluación debe convertirse en una disputa alrededor de cómo salir de la trampa estructural. Nos enfrentamos a un dilema donde cualquiera resulte la decisión adoptada, terminará por afectarnos y muy gravemente.

La corriente neoliberal utiliza el concepto de productividad para agredir las políticas populistas de subsidio y protección social y comercial, y de “de paso”, justificar sus políticas regresivas fundamentadas en la adecuación pasiva a las condiciones del capitalismo mundial. Expone la ausencia de productividad y de competitividad para el caso de Argentina como una resultante de sus costos, a causa de las regulaciones (comercial, cambiaria, fiscales, previsionales y laborales).

En materia fiscal plantea la desviación de los recursos desde los impuestos a la renta y la riqueza hacia la imposición sobre los consumos. Y en los de renta y riqueza, pasar de la progresividad a la proporcionalidad. Ambos movimientos, con definidos efectos regresivos en la distribución del ingreso.

Respecto a los costos del trabajo ponen el foco en los salarios, y en el sistema previsional. Allí aparecen criterios tales como salarios en función de productividad ignorando el efecto inflacionario; eliminación de impuestos distorsivos, criterio característico de todos los impuestos sobre el sistema de precios, por ende, están apuntando a su eliminación total; liberación de cargas previsionales, ocultando tras ello, su efecto de ajuste de los haberes jubilatorios por el desfinanciamiento provocado.

En la cuestión salarial, a la práctica sindical de requerir actualización salarial por inflación se responde con el criterio de salarios en función de la productividad. A pesar de la dificultad empíricas y teóricas para medirla, pretenden reemplazar el criterio para el cálculo del salario.

El criterio podría ser bienvenido si estaría garantizada una inflación cero, y de manera permanente. En caso contrario, sobre todo en presencia de una alta y persistente inflación, liquidaría la capacidad de compra del salario en pocos meses.

Por otra parte, los trabajadores no lo reclaman por temor a estar avalando el concepto. Deberían estar exigiendo, no solo la recuperación del salario por inflación sino también sumar a ello los aumentos de productividad.

Por su parte el populismo, rechaza todo debate sobre productividad y competitividad. Supone posible desde el “poder del estado”, fijar estándares de comportamiento de los agentes económicos, al margen de las condiciones de la economía nacional y mundial. Un falso supuesto, sobre todo en una economía cuya principal falencia deviene de haber nacido y seguir atada a una dependencia extrema de las condiciones de la economía mundial.

Y a esa corriente populista hoy también aportan quienes se declaran herederos del marxismo en su versión soviética. Rechazan de plano el concepto por resultar propio del sistema capitalista, supuesto eje de su combate. Sí, es cierto. Se trata de un concepto vital del sistema capitalista. Pero vivimos inmersos en ese mundo capitalista, respecto del cual ya ni siquiera plantean su reemplazo mediante una supuesta “receta” socialista.

Todos esos grupos han quedado subsumidos bajo el criterio de plantear solo una corrección de la fase de distribución, por vía de la intervención del estado. Ya no existen

objeciones formales al sistema de acumulación, justamente el área donde se dan los cambios autónomos de la tecnología, llevando a cambios radicales en las instituciones y en la sociedad.

El concepto de productividad es rechazado, aun cuando, de hecho, el capitalismo es aceptado en su fase de acumulación. Se pone el acento, sólo en la corrección de su fase distributiva, donde el concepto de productividad pasa a un segundo plano. La confusión es generalizada en todo el universo político.

Medición de la productividad

Las visiones ideológicas con profundas deformaciones dificultan la observación y medición del fenómeno, sobre todo por la superposición de factores de naturaleza muy diversa. El problema deriva hacia cual de los factores de producción deben ser atribuidos los cambios de esa productividad. Al trabajo, a los equipos físicos, a la organización, a los insumos, a los residuos no identificables, etc.

Pretenden para ello trabajar con modelos econométricos. Pero de allí surgen ecuaciones cuadráticas o superiores, sugiriendo la existencia de movimientos de retroalimentación. Sin embargo, mediante trucos matemáticos supuestamente “obligatorios”, son transformadas en ecuaciones lineales (de primer grado), sólo representativas de relaciones causales. Una forma de “simplificar”, por un falso mandato académico.

Hasta no resolver esta problemática deberá imputarse las variaciones de productividad, a través de conceptos de la teoría económica. O al efecto de la tecnología, o al efecto del trabajo, donde la tecnología también es trabajo manual e intelectual, pero acumulado. Sin embargo, aparecen mediciones de productividad con la incidencia “exacta” de cada uno de los factores, mediante criterios introducidos de contrabando en las ecuaciones utilizadas.

Y estos temas de productividad y competitividad, inherentes a las antiguas y actuales formas del capitalismo, se vinculan al debate sobre las formas regulatorias. Mientras ese capitalismo tenga vigencia, representan un aspecto fundamental de su base material y de las políticas distributivas ya sean progresivas o regresivas.

Aquí aparece una de las principales debilidades en materia de política económica de las corrientes mayoritarias. El neoliberalismo plantea la prioridad de acumular mediante el aumento de productividad para luego distribuir. El populismo, a la inversa, primero distribuir para luego acumular, y por ende el concepto de productividad pasa a un segundo plano.

Sin embargo, el más elemental análisis de los procesos y su ubicación histórica, nos muestra a ambos, acumulación y distribución como procesos simultáneos y retroalimentados. La forma de acumular implica la forma de distribuir y viceversa. Cuando en Argentina llegó a su mejor nivel histórico de distribución del ingreso en 1974, los autos más vendidos eran el Renault R-4 y el Fiat 600. En calzado, las alpargatas “Rueda” y “Luna”. Actualmente, con un nivel distributivo diametralmente opuesto al de 1974, ya ni siquiera existen mercancías equivalentes. Los récords de venta se ubican en la media y alta gama de todo el espectro de bienes.

En lugar de políticas coherentes, la secuenciación de políticas en cualquiera de los sentidos propuestos, termina bloqueando tanto la acumulación como la distribución. La respuesta radica en la definición simultánea y compatible de ambas. Algo elemental, pero totalmente ignorado por todas las versiones convencionales en materia de política económica, y generadora de la mayoría de los errores cometidos.

3.- Efectos de la desintegración

Para una visión global debemos analizar los efectos de la desintegración estructural sobre el proceso de acumulación, de distribución y la realimentación del modelo extractivista.

3.1.- Efectos sobre el proceso de acumulación

Las distorsiones en el proceso de acumulación terminan por reflejarse en profundas brechas de productividad y competitividad de los países periféricos respecto a los países centrales. Aunque una economía capitalista impedida de crecer es un oxímoron, es lo típico de Argentina.

Y en los períodos donde logra efectivizarlo, se trata de un crecimiento relativo, pues es respecto a su caída anterior. Es solo una recuperación, y parcial. Bajo una mirada de largo plazo, estamos ante una economía estancada. Y en relación al crecimiento mundial e incluso, respecto a países similares, en grave retroceso.

No hay un crecimiento neto de la economía. Son los llamados “rebotes”. Desde hace décadas no aparece en Argentina un crecimiento neto, es decir, por sobre los niveles máximos anteriores. Y cuando temporalmente aparece, resulta inferior a la tendencia mundial y regional.

Ese atraso, incluye excepciones sectoriales o regionales, característicos de una economía heterogénea. Es el caso del sector agropecuario de la región pampeana, pasando de un techo de 20 millones de toneladas de granos a otro de 150 millones en 40 años. Un prodigioso desarrollo sectorial y regional, pero realizado de manera aislada, ha contribuido a profundizar la heterogeneidad.

El avance fue posible, pero no a partir de una reversión de los procesos estructurales (una “economía hacia adentro”), sino de cambios estructurales a nivel internacional. La revolución tecnológica y organizativa en ese sector de producción en Argentina, ubicada en el podio de la eficiencia a nivel mundial, responde a factores exógenos: expansión de la demanda de commodities alimenticios a partir del desarrollo de China y países del Sudeste Asiático y de los avances científicos en materia biológica, genética y digital. Esa combinatoria modificó el mercado mundial de granos, e impulsó cambios en la estructura productiva de Argentina, un país históricamente activo en la oferta a ese mercado.

Si a inicios de los '70 del siglo XX, alguien hubiese realizado esa predicción, lo habríamos tachado de “loco”. A lo sumo, hubiésemos comentado: “si fuese cierto, los problemas históricos de Argentina se solucionarían para siempre”.

Sin embargo, esa “revolución” agraria, no pudo modificar las condiciones globales de la economía argentina. A pesar de esos cambios, la necesidad de divisas, principal generadora de los procesos inflacionarios, se ha profundizado. Y de paso la heterogeneidad estructural es aún mayor.

El sector agropecuario repite un fenómeno de hace más de un siglo: una veloz incorporación de tecnologías vinculadas al extractivismo, pero sin generar capacidad para su reproducción, y con un bajo o nulo encadenamiento hacia atrás y hacia adelante. De esa manera, en lugar de atenuar, ha acentuado el carácter extractivista de la economía argentina.

Mientras tanto, los procesos productivos en el sector industrial (textil, calzado, electrodomésticos, etc.), ni se aproximan a la frontera tecnológica. Mantienen un nivel de

productividad estancada, acentuando su dualidad respecto al agro. Un fenómeno visible en el funcionamiento del sector externo donde el sector industrial “pierde”, las divisas “ganadas” por el agro. Esa industria argentina no puede penetrar en el mercado internacional. Y en coyunturas de apertura indiscriminada, es arrasada.

Incluso retrocesos netos en algunos sub - sectores industriales. En lugar de incrementar su inserción en las cadenas productivas nacionales, lo hicieron en sentido inverso, es decir, una integración cada vez mayor hacia los encadenamientos internacionales.

Las plantas de producción se han convertido en ensambladoras de componentes importados. Esto ha ocurrido en la industria automotriz y en nuevas ramas como la electrónica (televisión, telefonía móvil, etc.). Nacieron como ensambladoras y no han avanzado un milímetro en su integración vertical. Incluso fueron protegidos con altos aranceles, sin mediar exigencia alguna en materia de reinversión de utilidades orientadas hacia su integración vertical.

En suma, un proceso de desnacionalización y desindustrialización, con impacto directo en la estrategia empresarial y rotundos efectos macroeconómicos. No responde a objetivos nacionales de largo plazo, sino a los de la multinacional, propietaria o proveedora principal frente a cada coyuntura mundial.

Y el absurdo llega al límite. El sistema de subsidios y protección arancelaria para resguardar la ocupación de los establecimientos industriales, carece de exigencias de integración. Esto implica la continuidad en la importación de insumos, tecnología, etc., por ende, utilidades para la casa matriz, radicada en el exterior. Las condiciones de reproducción de la dependencia del aparato productivo están garantizadas.

Este tipo de fenómenos no son reconocidas por diagnóstico alguno, proveniente tanto de la academia como de la política. Sólo se elaboran programas bajo criterios ideológicos. Un cartabón, sólo para calificar la política económica del “enemigo” de turno, responsables de todo lo “malo” existente. Los factores estructurales, nunca aparecen.

3.2.- Efectos sobre el proceso de distribución

Las distorsiones alcanzan a los fenómenos distributivos. Aquí debemos diferenciar dos aspectos: distribución por niveles de ingresos y su polarización.

La existencia de una muy amplia diversidad de niveles de ingreso, con efectos sociales regresivos, es un fenómeno propio del sistema capitalista. Una tendencia hacia su igualación solo sería posible dentro de los procesos de largo plazo, por los cambios tecnológicos e institucionales de ese capitalismo.

Todas las políticas en materia distributiva, han sido dirigidas a atenuar las condiciones extremas en el polo de bajos ingresos. Lo más habitual, políticas asistencialistas orientadas a suavizar estas situaciones, sacando a las familias de los niveles de indigencia, para llegar a niveles de pobreza. En algunos casos, políticas más sofisticadas (capacitación, generación de puestos de trabajo, créditos promocionales, etc.) para hacer posible pasar de niveles de pobreza, a los de ingresos medios.

El éxito de esos programas en algunos países ha logrado mejorar la distribución promedio (P. ej., medido por el índice de Gini). Sin embargo, conllevan una debilidad congénita. Al menor indicio de crisis, revierte la tendencia y se vuelve al nivel anterior de regresividad.

Desde el punto de vista de los procesos estructurales nos interesa otro aspecto de la distribución. Se trata del proceso de polarización en la distribución del ingreso, es decir,

la concentración de la población en los niveles mínimos y máximos, con la consiguiente tendencia a reducir los niveles intermedios. Se trata de un proceso sistémico sobre el cual, las políticas asistencialistas no han detentado efecto alguno. Allí, el proceso de desintegración productiva detenta un impacto definitorio.

Pero no solo polarización en términos de nivel de ingresos de la familia, sino también bajo el resto de formas distributivas: sectorial, regional y por factores de la producción (trabajo y capital).

3.3.- Efecto de realimentación del extractivismo

Uno de los efectos principales de la desintegración, es la retroalimentación del modelo extractivista. En ese sentido revisaremos la evidencia empírica, los efectos de su continuidad, las metodologías erróneas que lo sostienen y las políticas de las corrientes dominantes frente a la cuestión estructural.

3.3.1.- Evidencia empírica

La heterogeneidad reproduce y profundiza la preeminencia del extractivismo, la principal función asignada a las colonias, pero continuada luego de su independencia institucional. Estamos ante un criterio cualitativo del proceso productivo. Medir el avance o retroceso de una economía sólo por vía cuantitativa del valor agregado y su composición, es un autoengaño. P. ej. intentar demostrar el avance industrial por el mayor aporte relativo de ese sector al PBI respecto a los sectores primarios.

Un caso concreto de ese autoengaño, ocurrió durante el conflicto por las retenciones al agro del año 2008. El gobierno divulgaba, de manera insistente, el bajo nivel del aporte al PBI del agro, como justificación para no ceder a las pretensiones de los empresarios rurales. Por el contrario, la clave de la importancia del agro ha sido y es, por vía de su aporte a la principal restricción de Argentina: la obtención de divisas.

El grueso de las divisas genuinas ingresadas por exportaciones , surge de actividades primarias (agro, minería y energía), en forma natural o con un bajo nivel de procesamiento. Incluso ese ínfimo valor agregado es producto de su bajo insumo de mano de obra. Resulta simbólico ver ubicado al tope del ranking, a los “expeller” de oleaginosas. Son los desperdicios, luego de extraer el aceite por medio del prensado, con destino a la alimentación de cerdos en Europa.

Así como un análisis objetivo indica la necesidad de implementar retenciones en casos de un salto devaluatorio, también indica la necesidad de su retiro cuando los costos internos se elevan, afectando los niveles de producción agropecuaria que garantizan el flujo de divisas. Sin embargo, en su oportunidad, la implementación de retenciones fue considerada como algo definitivo. Una suerte de “triunfo” político sobre la “oligarquía”.

3.3.2.- Los efectos de la continuidad del extractivismo

Los efectos de la continuidad del extractivismo como modelo productivo, detenta resultados rotundos en términos del proceso de acumulación :

- Los desniveles entre sectores, regiones y empresas, generan una productividad y competitividad promedio, estancada o en descenso respecto a niveles internacionales.
- Limita la capacidad para generar tecnología propia y/o adaptar tecnología extranjera. Hace aparecer la urgencia de adoptar tecnologías “llave en mano” para mantener la competitividad.

- Incapacidad para generar, de manera masiva, puestos de trabajo. A ello se suma el deterioro histórico de los existentes por la transferencia de trabajo formal a informal. Incluso la adopción de tecnologías digitales, se fundamenta, más en su carácter de facilitador de la informalidad, que por su capacidad para incrementar la productividad.
- La limitación de inversiones rentables de largo plazo, sólo a los sectores extractivistas, genera la no reinversión de esos excedentes orientada a su integración vertical, es decir, hacia los insumos y el producto. El resultado, una muy baja inversión privada, no pudiendo cubrir la amortización del equipamiento privado, es decir, descapitalización y desindustrialización.
- El bajo nivel relativo de valor agregado genera incapacidad fiscal provocando el desfinanciamiento presupuestario y el consiguiente deterioro sistemático de la infraestructura, vital para elevar la productividad empresaria.
- La combinatoria de ausencia de reinversión y de tecnología propia o adaptada, incrementan la dependencia en tres necesidades centrales:
 - Necesidad de capitales para inversión privada y cobertura de déficits gemelos - externo y fiscal- del sector público.
 - Pagos por regalías por patentes tecnológicas del exterior.
 - Importación de insumos y equipos de producción. Y no solo para alta tecnología de partes de autos y maquinaria agrícola, equipos digitales y productos biológicos. En Argentina, el clásico choripán, contiene insumos importados.
- Sistemático incremento de la economía subterránea a fin de evadir el sistema impositivo, laboral, y previsional a fin de lograr la rentabilidad fijada como objetivo en sectores no extractivistas.
- Y el formato extremo de todo esto: la desnacionalización de empresas, cuya estrategia, ya no depende de las condiciones y políticas internas, sino de factores, a nivel internacional y del país de origen del capital.

Son procesos diametralmente opuestos a los característicos del desarrollo de los países centrales. Y con efectos de retroalimentación en la deformación de los aspectos estructurales de las economías periféricas. Y allí sobresale el caso de la economía argentina.

Y no fueron procesos aislados . Se entrelazaron y acumularon produciendo efectos negativos cada vez más agresivos, por ende, cada vez con mayor dificultad de superar. Mayores aun, cuando son ignorados. Y mucho más cuando no se trata de una mera ignorancia pasiva sino activa, es decir, desarrollando una verdadera “guerra santa” contra quienes pudiesen llegar a plantearlo.

3.3.3.- Las metodologías erróneas que sostienen el modelo extractivista

Todas las políticas económicas convencionales, tanto las originadas en el campo académico como político, adoptan un enfoque economicista. Solo intentan actuar sobre la dimensión económica y sus aspectos superficiales. A lo sumo, en algunos casos, llegan hasta los niveles intermedios, y de manera parcial. De esa manera, al ignorar los factores estructurales, están contribuyendo, y de manera decisiva, a profundizar y consolidar sus deformaciones.

Mientras tanto los procesos autónomos deformantes de las condiciones estructurales, al no encontrar obstáculos derivados de políticas para bloquearlos o quebrarlos, pueden proseguir libremente su marcha, produciendo efectos perversos. Y no solo los procesos internos, sino también, los del capitalismo a nivel internacional del siglo XX (utilización en gran escala de recursos naturales- monopolización, globalización, financiarización y

dolarización). Se suman y potencian los del siglo XXI: transformación de bienes privados en públicos y los de nivel nacional en internacionales.

Ninguno de ellos es tenido en cuenta a hora de trazar programas políticos. Ignorarlos, pasiva o activamente, contribuye a profundizar las deformaciones estructurales y con ello, de manera inevitable, las tendencias regresivas en materia de acumulación y distribución.

Tras esta ignorancia, la penumbra teórica derivada de la confusión entre el funcionamiento del capitalismo a nivel nacional e internacional. Las diferencias son contundentes pero la subjetividad reinante impide percibirlas.

El neoliberalismo arma su argumentación sin explicitar el supuesto de su concepción de la sola existencia de un capitalismo a nivel internacional, al cual solo cabe adaptarse de manera pasiva. Por contrapartida la inexistencia de un capitalismo a nivel nacional. Y si existe, debería ser destruido por vía desregulatoria. Y ya, en su versión extrema, la desaparición del estado.

Por su parte el populismo argumenta sobre una hipótesis no explicitada: la sola existencia de economías capitalistas nacionales. La economía mundial es una mera agregación de economías nacionales. A lo sumo, de regiones de integración comercial. De hecho, están negando la existencia de un capitalismo a nivel internacional con procesos específicos y exigencias en materia de flujos comerciales, de capital, de población, tecnología, etc.

Derivado de esa negación, el populismo no puede percibir la transformación de bienes públicos nacionales en internacionales, lógicamente, deteriorando los conceptos de soberanía del siglo XX. Y menos aún, conciencia de sus efectos, en términos de cambios institucionales para su administración.

Las corrientes políticas mayoritarias, reemplazan el diagnóstico por ideologías cristalizadas en algún punto del pasado, considerado épico. A partir de allí, “si todo sale mal”, sólo puede ser culpa de maléficas decisiones adoptadas por los designados “enemigos”. No existen ni pueden existir cambios por procesos autónomos y menos aún, niveles diferenciados de procesos nacionales e internacionales.

Pero ambos existen, actúan de manera simultánea y se condicionan mutuamente. Cada uno de ellos detenta rasgos muy definidos. A nivel internacional resultan relevantes temas tales como: organización social, comercio, tecnología, niveles de desarrollo. A nivel nacional los temas fundamentales a debatir resultan del grado de integración productiva y regional, nivel de consumo interno, capacidad para generar saldos positivos en las cuentas fiscales y de comercio exterior, tecnología, brecha de productividad y competitividad respecto al nivel mundial, etc.

Y las deformaciones en economías de alta heterogeneidad, hace posible a los sectores, regiones, grupos sociales y factores de producción, detentar prioridades no solo diferenciales, sino también diametralmente opuestas, alrededor de temas cruciales tales como: apertura, intervención del estado, proteccionismo, moneda local o internacional, etc., generando debates sin salida alguna, y terminan expresándose en políticas pendulares, agravando las deformaciones estructurales.

3.3.4.- Las políticas económicas dominantes frente a la cuestión estructural

Las políticas económicas a partir de los '70 del siglo XX han girado alrededor de las corrientes ideológicas mayoritarias: neoliberalismo y populismo. Actualmente surge otra

versión. Frente a los fracasos del neoliberalismo pretenden, una fuga hacia adelante ubicándose en el punto extremo de ese espacio, el anarco-capitalismo. Veamos cada una de ellas.

3.3.4.1.- Neoliberalismo:

Para esta corriente, los factores estructurales son una mera resultante del funcionamiento de los mercados, por ende, no están sujetos a debate alguno por resultar óptimos por definición. Se trata de una ignorancia activa respecto a los factores estructurales generadores de las deformaciones históricas, tal como es el caso del extractivismo como herencia del sistema colonial.

Y ese negacionismo es militante pues su esquema cultural choca de frente con la naturaleza de esos factores estructurales. Están guiado por procesos y no por decisiones; no son visibles en superficie; no pueden ser cuantificados; y sus efectos solo se evidencian en una perspectiva de muy largo plazo. Para la expresión cultural del neoliberalismo están dados todos los criterios, no solo para rechazarlo, sino también para combatirlo en términos académicos y políticos.

Y cuando aparece un problema, producto de esas deformaciones estructurales limitando el proceso de acumulación, la dificultad es adjudicada a una consecuencia del intervencionismo de algún anterior gobierno populista. Y si gobernaron ellos mismos, se asignará a la aparición de un “cisne negro”. Jamás un error, pues están “protegidos” por su arcángel custodio: una ideología que no necesita fundamento pues resulta “evidente por sí misma”.

Suponen en Argentina, a partir de su independización, comenzó a funcionar un sistema capitalista pleno, dada la concepción liberal dominante durante el siglo posterior a la ruptura con España.

Si, es cierto, fue un pensamiento liberal. Pero un liberalismo para justificar sus intereses económicos ligados a la herencia del sistema colonial (puerto de Buenos Aires), por ende, la continuidad de aquel esquema. Incluso ubican el punto culminante de aquel supuesto capitalismo liberal entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Y en base a ello, construyen la épica de una Argentina “potencia mundial”, luego frustrada a partir del gobierno “populista” de Irigoyen. Ni hablar después de 1945.

Respecto a la actualidad, aunque reconocen la existencia de graves problemas, solo mencionan los de superficie (moneda, crédito, tasas, inflación, regulaciones, etc.) y ubican como única causal (relaciones causales, nunca retroalimentación), una problemática de nivel intermedio: el déficit fiscal provocado por el intervencionismo, único origen posible de todos los males de la economía argentina. El resto de la problemática meso – económica (p.ej. la restricción externa) y su problemática estructural, son ignorados, y de manera activa.

Para superar esa problemática de superficie y solo de la corriente financiera, basta con un ajuste fiscal para evitar emitir moneda; apertura externa para bajar precios; reducir impuestos y desregular las protecciones sociales y productivas, a fin de disminuir costos. En lugar de corregir los problemas estructurales, al ignorarlos, los están consolidando.

3.3.4.2.- Populismo

Mantiene el criterio de un estado intervencionista, y acorde a los cambios culturales actuales, llevado al extremo. Ahora, ese estado, de manera equivalente, pero diametralmente opuesta, a la radicalización del neoliberalismo (desde un estado mínimo a su destrucción), el populismo pasa, desde un estado intervencionista a un estado todopoderoso.

Ignoran las limitaciones impuestas por el capitalismo, las deformaciones de ese capitalismo bajo formas de dependencia, y sus cambios a nivel internacional y nacional. También las restricciones. No solo provenientes de las deformaciones estructurales, sino también de la política económica gubernamental y de las decisiones anómalas de los agentes económicos frente a los procesos y decisiones gubernamentales. Las decisiones de empresarios y consumidores detentan un efecto macroeconómico mucho más potente, respecto a las políticas económicas gubernamentales.

Todo ese universo, queda oculto bajo su concepción, generando debilidades congénitas en los instrumentos de política económica, y efectos perversos. Y terminan por consolidar la problemática estructural.

Bajo los criterios de un estado intervencionista y todopoderoso, la única política económica posible para solucionar problemas económicos y sociales (acumulación y distribución), es la compensación, vía un estado centralizado, en base a subsidios y protección legal. Solo compensar los efectos regresivos, nunca frenarlos o quebrar los factores estructurales.

Pero, sin romper, de manera ese “nudo gordiano”, solo es posible solucionar el presente y, de hecho, seguir haciéndolo de manera permanente, bajo el riesgo de convertirse en un mecanismo de clientelismo político y de corrupción. Nunca plantean políticas activas para neutralizar o quebrar los problemas estructurales. Solo políticas para compensar sus efectos negativos. De esa manera, la continuidad de las deformaciones estructurales, está garantizada.

3.3.4.3.- Anarco capitalismo

Para esta concepción solo existe un capitalismo a nivel planetario y bajo sus formas originales prevalecientes en el siglo XIX. En función de ello, las políticas económicas de todos los países, deben orientarse hacia integrarse, y sólo como un mero apéndice pasivo, a la economía mundial.

Para ello deberían desaparecer los estados nacionales. Esto implica, un gobierno mundial manipulado por las grandes multinacionales, hoy en particular, de las tecnológicas. Trump ya está intentando hacerlo.

Y de la realidad solo se considera la dimensión económica, pero ya no como la de mayor importancia sino como excluyente. El resto de dimensiones (ambiental, biológica, de género, cultural, etc.) no existen ni deberían llegar a existir. Allí es donde aparece el negacionismo.

Y en esa excluyente dimensión económica se pretende volver al capitalismo en su formato original. Para ello, también se niegan sus cambios. No por casualidad su rechazo militante a la existencia de economías externas, aceptadas por el neoliberalismo, como justificación de un intervencionismo limitado a los sectores de infraestructura económica (regulación de transporte, energía y comunicaciones) y de entidades financieras (banco central). Fue el tema excluyente del discurso de Milei en Davos de Enero del 2024, donde por esa aceptación, ataca ferozmente al neoliberalismo.

Post Scriptum

Hasta aquí, hemos revisado el papel de los factores estructurales en el diagnóstico. En la próxima reunión completaremos al análisis con el resto de procesos, las limitaciones en las decisiones de política económica, y las reacciones de los agentes económicos al combo de procesos y decisiones.

Lic. Daniel Wolovick

Córdoba, Abril de 2025